

Mi luz y mi salvación

por Dionisio Byler

Como algunos ya me habéis oído en alguna oportunidad, últimamente si no tengo un tema concreto que me piden que trate cuando me invitan a predicar, recorro a las lecturas del Leccionario Común Revisado, proyecto interconfesional que propone cuatro textos, que incluyen siempre un Salmo, una lectura del Evangelio y otro de las Epístolas. Me suelo proponer, además, abordarlos todos a la vez, viéndolos unos a la luz de los otros. Comparto aquí mi predicación para la capilla de SEUT con los textos para el 3^{er} domingo después de Epifanía en 2011 (23 de enero).

- **Isaías 9,1-4**
- **Salmo 27,1.4-9**
- **1 Corintios 1,10-18**
- **Mateo 4,12-23**

A la busca de un hilo conductor que nos ayude a ver estos cuatro textos a la luz unos de otros, la cosa más obvia que primero salta a la vista, es que nuestro texto de Mateo cita textualmente el texto de Isaías. Pero en esta ocasión mi experiencia de lectura intertextual me ha llevado más allá de estos cuatro textos bíblicos, para incluir un artículo que leí mientras venía a El Escorial en el tren del lunes.

Curiosamente, nuestra cita de Isaías y Mateo no sólo se refiere directamente a la tierra de Galilea —donde sabemos que vivió y predicó Jesús— sino específicamente el territorio tribal de Zabulón y Neftalí. Y el dato más llamativo con que se describe esta tierra es que es una región de sombra de muerte. Sinceramente, nunca me había fijado en eso de las «sombras de muerte». De momento, observo que algunos traductores de Mateo han seguido aquí el texto hebreo y han entendido una referencia a «una tierra de sombra de muerte». La versión griega de Isaías y también Mateo, ponen: «una tierra y sombra de muer-

te». A mí esto me parece incluso más tenebroso que lo anterior. Ya no sólo tenemos sombras de muerte sino que la propia tierra es tierra de muerte.

Esto me lleva a preguntar: ¿Y por qué tenía tan mala fama esa región? Y la respuesta me la sugiere el artículo que venía leyendo en el tren. Era sobre las tasas de población y mortalidad de la región de Galilea en la época de Jesús. Empiezo con comentar que esa región, al parecer, seguía con la triste fama de ser mortal hasta las primeras décadas del siglo pasado, cuando empezaron a asentarse ahí los primeros colonos sionistas. La mortalidad era especialmente elevada en aquella región por culpa del mosquito *anopheles*, portador de una de las muertes más devastadoras que ha conocido el ser humano: la malaria. Por otras lecturas, tengo entendido que el lago de Galilea se alimenta de aguas que le llegan lentamente desde marjales donde las depositan las lluvias estacionales. Y esos lugares de agua estancada de escasa profundidad, es exactamente donde se crían de mil maravillas las larvas de los mosquitos. ¡Ahora tocaría volver sobre los textos de los evangelios y ver cuántas referencias hay a la fiebre —a cuánta gente afiebrada curó Jesús, empezando por la suegra de Simón Pedro!

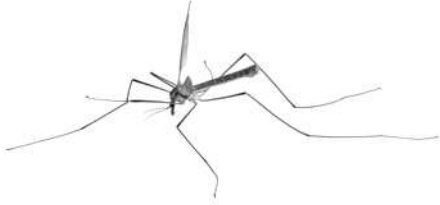
En las tierras de otras tribus de Israel, el problema más grave era que fallasen las cosechas por falta de lluvia. En algunas partes de Zabulón y Neftalí, sin embargo, tenían el problema contrario: tierras de agua estancada, infestadas de mosquitos y por



Valle de Hula, en el norte de Israel.

También en este número:

Madurar es arriesgarse	4
La moneda del discípulo	6
Lo que es el amor	7
El libro de	8



tanto de malaria, que se cebaba con los bebés, los niños, los ancianos y los débiles. La asociación entre la malaria y los mosquitos no se descubrió hasta el siglo XX. Hasta entonces, a nadie se le había ocurrido que una cosa tuviera que ver con la otra. Lo que sí sabía la gente es que había lugares que eran insalubres. Lugares pestilentes y mortíferos. Lugares donde la gente pillaba una fiebre tras otra, que les iba debilitando y minando la energía vital, hasta que se morían. Era, precisamente, «una tierra y sombra de muerte»: tierra pestilente, tierra maldita, donde se te mueren los hijos y al final también te mueres tú. No se moriría todo el mundo, naturalmente, como tampoco se muere hoy todo el mundo donde es endémica la malaria. Pero el índice de mortalidad es lo bastante más elevado como para que la gente tome nota de ello.

Aclarado el misterio de la trágica mala fama de la región de Zabalón y Neftalí, cabe observar que si Mateo cita este texto de Isaías, es para declarar que sobre esa tierra ha amanecido una gran luz y esperanza. De momento, Mateo destaca que el anuncio del reinado de Dios viene acompañado de curaciones milagrosas. En ello, según nos cuenta Mateo en estos versículos, Jesús se traslada desde Nazaret —que aun estando en Galilea es tierra saludable, libre de las miasmas de aguas estancadas— a Cafarnaúm, donde sí arreciaba la malaria. Jesús va donde está la enfermedad —por tanto donde está también el contagio— con toda la

Jesús va donde está la enfermedad —por tanto donde está también el contagio— con toda la fragilidad de su humanidad encarnada; pero en lugar de contagiarse, Jesús sana.

¿Eran permanentes las curaciones de Jesús? Y si lo eran entonces, ¿por qué no lo son hoy?

fragilidad de su humanidad encarnada; pero en lugar de contagiarse, Jesús sana. Esto no tiene explicación, como tantas otras cosas en el evangelio. Se contradice con la experiencia. Conozco misioneros que han tenido que abandonar su ministerio en África porque de tan reiterados contagios de malaria, sus vidas o las de sus hijos estaban en peligro. Uno ya se hace viejo y ha visto muchas cosas en la vida y me pregunto cuántos de los sanados por Jesús volvieron a recaer en sus fiebres a la próxima que les picaba un mosquito *anopheles* portador de malaria. ¿Eran permanentes las curaciones de Jesús? Y si lo eran entonces, ¿por qué no lo son hoy?

No tengo respuesta a esto, pero la propia pregunta me impulsa a los versículos que hemos leído en la primera carta a los Corintios.

Pablo dice al final que el mensaje de la cruz es un mensaje de poder para los que se salvan. Pero antes ha tenido que reconocer que es una locura para los que se pierden. La palabra griega indica *insensatez, disparate, necedad*. Me he quedado de piedra. Yo estaba convencido de que Pablo había escrito que *parece una locura*; pero no, dice claramente que lo es. Para los que se pierden, sí que es un disparate. Bueno, vale, olvidémonos de las pestes, plagas y enfermedades por las que en todas las edades de la humanidad se han perdido miles y millones de vidas. Digamos que Pablo no está hablando de los que se curan y los que se mueren de sus enfermedades, sino de los que encuentran o pierden el camino para agradar a Dios y vivir en armonía con el prójimo. El mensaje de la cruz tal vez sea locura para los que se pierden en este sentido, pero es poder para los que se salvan.

Y sin embargo en todos los versículos previos de nuestra lectura de 1 Corintios hoy, Pablo está refunfuñando por las divisiones y desarmonía

que hay entre los adeptos a las pequeñas células de sectarios mesiánicos que había fundado él en Corinto. ¡Parece mentira! Con los pocos que eran para dar testimonio de la luz de Cristo en esas alcantarillas morales del Imperio Romano que era la ciudad de Corinto, van y se ponen a pelearse y discutir entre sí sobre si Pedro o Pablo o Cristo o yo qué sé quién es el más guapo. Un movimiento tan propenso a fracturarse no parecería ser la última gran esperanza moral y espiritual para rescatar a la humanidad, ¿verdad? El bueno de Pablo se acaba enredando en su propia argumentación. Empieza por negar que había bautizado a nadie, pero de inmediato se acuerda de que sí había bautizado a este y a aquel... y a aquel otro y a su familia... y también a... Pero entonces, ¿qué utilidad tiene negar que él había estado bautizando en Corinto? Al final, por mucho que uno quiera distanciarse de las discordias, siempre acaba todo el mundo salpicado. Pablo quiere declararse ajeno a la división en Corinto, pero se tiene que confesar parte. Así es la vida. ¡Cuántas veces me he visto yo envuelto, con la más absoluta ingenuidad y torpeza, en discordias ajenas, de las que me había declarado enteramente imparcial y desinteresado!

Es la condición humana. Aunque Jesús nos sane la fiebre de malaria hoy, el mosquito puede volver a picar mañana. Y aunque hoy el poder de la cruz me haya reconciliado con mis hermanas y hermanos para traernos a un mismo sentir en Cristo, mañana saltará otra controversia que nos volverá a enfrentar.

¿Entonces es todo mentira? ¿Entonces es que Jesús ni sana ni salva, ni en cuerpo ni en alma? ¡Claro que sí! Jesús claro que salva. Y también sana, que no nos quepa ninguna duda. Pero la condición humana es tal que ni la salud física ni la salvación moral o espiritual es un estado fijo, sino algo que está siempre en proceso, en evolución, en camino hacia otra cosa. Al final todos nuestros cuerpos mortales se nos morirán de algo, por muchas



veces que nos cure el Señor. Y la iglesia más armoniosa y vital se puede acabar torciendo y dividiendo en el momento más inoportuno y por las causas menos esperadas. Si hay algo que nos puede enseñar el relato de la historia bíblica, es que así como de comienzos insignificantes puede surgir una maravillosa revelación de la gloria de Dios, así también los comienzos sobrenaturales o el presente de salvación por la gracia de Dios, no garantizan en absoluto que todo lo que sigue vaya a ser igualmente glorioso.

¡Qué frágil, Dios mío, es la condición humana!

Esto me trae, por fin a nuestro salmo de hoy.

Porque el salmista reconoce con absoluta franqueza su condición de enemistad con quienes quieren derrotarle y arrebatarse todo lo que ha conseguido. El salmista reconoce que hay días de todo tipo. Hay días de victoria y alegría, naturalmente; pero también habrá días de aflicción, derrota, tristeza y soledad. Y el salmista ha decidido que no importa cuáles sean las circunstancias pasajeras — circunstancias siempre pasajeras— de la vida, la única cosa que le importará es habitar en la casa del Señor y contemplar su hermosura.

Esta actitud del salmista me provoca una profunda admiración.

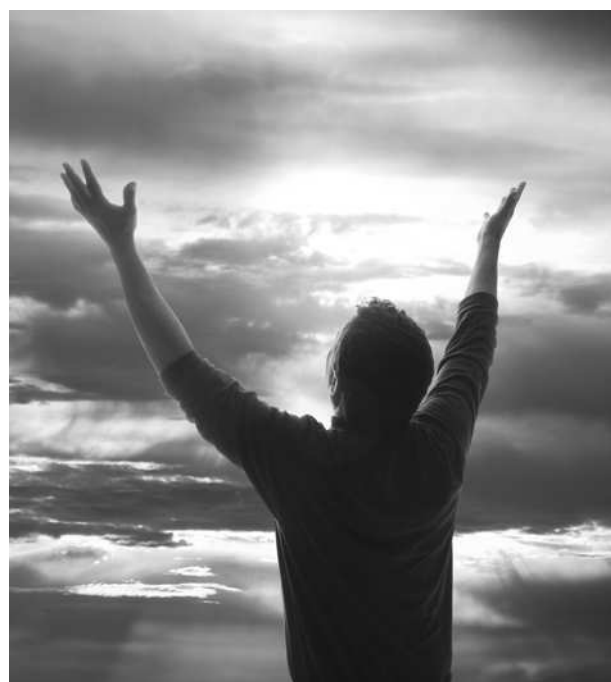
Entiendo que lo de habitar en la casa del Señor y contemplar su hermosura es lenguaje metafórico. Observo que la versión Dios Habla Hoy ha puesto «estar en el templo del Señor todos los días de mi vida». Difícilmente puede ser eso lo que quiso decir el salmista. La Casa del Señor a que se refiere tiene que ser algo figurado, una abstracción, ni siquiera el cielo sino más bien un estado de ánimo, una conciencia permanente de que Dios está presente conmigo y me acompaña en cada circunstancia de la vida. En los momentos dulces, pero también en los amargos. Que esa luz mesiánica que amaneció hace dos mil años en tierras pestilentes de malaria, siga alumbrando con salud y salvación mi existencia cada día, no importa cuál sea el bicho que me pique ni quién me haga la contra y me trate como enemigo.

¡El Señor es mi luz y mi salvación!
¿Por qué voy a tener que vivir acobardado y con miedo?

¡Ha llegado la luz! ¡Ha llegado la salvación! Bien es cierto que toda la existencia humana es frágil y débil, mortal y pasajera. Pero como el salmista, no quiero fijarme en eso sino en la hermosura de la compañía que me hace Dios. Entre otras cosas, porque observo que siempre que logro fijarme en ese rayo de luz y salvación que aporta Dios a mi vida, puedo también aportar positivamente a mi entorno en lugar de contribuir al malestar generalizado. Si logro centrar mi atención en esa luz, no sé si por concentrarme en ella la luz se agranda, pero desde luego la oscuridad da la sensación de retroceder. Tal vez no sea mucho a que aferrarse, pero en las horas oscuras de la vida, tampoco es «moco de pavo».

¡El Señor es mi luz y mi salvación!
Me comprometo hoy a vivir en esa luz y salvación, con una actitud agradecida y una disposición a adorarlo. Como el salmista y como la iglesia de Corinto, me confieso débil y torpe, mortal, fácil de enmarañar en contiendas inútiles y discordias innecesarias. Por eso mismo, más que nunca, el anhelo de mi vida es jamás perder de vista la belleza del Señor.

Bien es cierto que toda la existencia humana es frágil y débil, mortal y pasajera. Pero como el salmista, no quiero fijarme en eso sino en la hermosura de la compañía que me hace Dios.





Lo que en muchos momentos llamamos falta de oportunidades, es el miedo al riesgo lo que nos impide verlas y aceptarlas.

La madurez cristiana (10)

Madurar es arriesgarse

por José Luis Suárez

clusión de que no se puede madurar en la vida sin tomar riesgos. El proverbio «Quien no se arriesga no cruza el mar», nos indica que la maduración humana entraña riesgos.

porque buscamos garantías y certitudes. Una persona está en el camino de la maduración, cuando asume que lo desconocido hace parte de la vida y está dispuesta a afrontarlo a pesar de la oscuridad del no saber qué ocurrirá la mayor parte de las veces.

Lo que en muchos momentos llamamos falta de oportunidades, es el miedo al riesgo lo que nos impide verlas y aceptarlas. La mayoría de las veces en las que debemos actuar, es mejor arriesgarse y experimentar las consecuencias de una decisión que nos parece la correcta, que permanecer al margen temiendo que las cosas no salgan bien.

Cuando hablamos de arriesgarnos la pregunta es: ¿Seré capaz de lograrlo? La vida no es como un juego, donde uno puede retirarse cuando le apetece. El riesgo en el camino de la maduración es muchas veces jugársela, sabiendo que no se tiene control de todo lo que puede ocurrir, que los imprevistos pueden aparecer a la vuelta de la esquina.

Cuando una persona se arriesga, acepta un átomo de locura, de sin sentido, acepta la aventura —y una aventura es el no saber dónde terminará el camino.

La historia de Abraham: modelo de arriesgarse

El autor de la carta a los Hebreos (11,8-12) presenta a Abraham como modelo de fe, modelo de un hombre que asumió el riesgo de obedecer a una llamada misteriosa que le llega desde la profundidad de la fe. Esta

LA NECESIDAD de sentirse seguro es una de las principales fuerzas motivadoras que llevan al ser humano a buscar un puesto de trabajo seguro, a asegurarse contra todos los peligros que le puedan amenazar. Todos los sistemas de alarma con los que vivimos diariamente son una metáfora de nuestra necesidad mental de seguridad. Las cámaras de vídeo que nos vigilan en los aeropuertos y en los grandes centros comerciales, las puertas que funcionan con control remoto y que parecen decimos «Detente, ¿quién eres?», los detectores de objetos metálicos en los aeropuertos, etc. Todos son medios para darnos seguridad, para asegurarnos que no corremos peligro alguno. Con estos mensajes se nos está comunicando que alguien externo a uno mismo vigila por nuestra seguridad.

Las compañías de seguros ganan auténticas fortunas ofreciendo seguridad a la gente.

Pero es una realidad que en la vida de todo ser humano, no se puede tener todo controlado. Llegamos a la con-

Es por esta razón que muchas personas no maduran —porque no están dispuestas a arriesgarse. El no arriesgarse para evitar los peligros, no es más seguro a largo plazo que exponerse a ellos; porque la vida, o bien es una aventura sorprendente o no es nada.

Es evidente que un cierto grado de recelo de prudencia en la vida es necesario, ya lo dijo Jesús: «Sed prudentes como serpientes»; pero esta prudencia no implica ir por la vida desconfiando de todo, porque el riesgo es parte de la naturaleza humana y sin riesgo no hay maduración.

El ejemplo más sencillo lo vemos en el crecimiento de un niño. Un niño no podría madurar sin tomar los riesgos que toma y esto lo hace de forma natural e instintiva, aunque muchas veces tenga que sufrir las consecuencias de su aprendizaje. Pero el riesgo es el precio que debe pagar para madurar como persona.

Arriesgarse por lo general implica enfrentarse a situaciones nuevas y desconocidas. Es ese miedo a lo desconocido que nos impide arriesgarnos,

sin arriesgar no se avanza, no se crece, no se madura.

Nuestros riesgos y nuestra confianza en el Señor

Jesús eligió para él y sus seguidores el camino del riesgo. Porque una vida plena y fecunda incluye riesgo, cruz y muchas veces fracasos. Por eso anuncia sin rodeos, que les envía como ovejas entre lobos. En la pedagogía de Jesús, el riesgo y el sufrimiento son necesarios para el triunfo final. Preguntémos: ¿Cuál es nuestra actitud ante el riesgo? ¿Lo hemos integrado a nuestra vida como algo necesario e incluso como la llave de nuestra maduración?

En la base del riesgo está la confianza, el saber abandonarse, el asumir que no se puede controlar todo y que para madurar se deben abandonar la mayoría de las veces las seguridades a las que nos agarramos. Cuando confiamos y abandonamos, sabemos que nos exponemos a todo tipo de imprevistos. Pero al tiempo el confiar en uno mismo, en los demás y en la bondad de Dios, constituye la esencia de nuestra vida aquí en la tierra.

Fiarse de Dios, confiar en él es uno de los riesgos menos comprensibles para el hombre racional de nuestro tiempo. Nada evita la sensación desnudadora de salto en el vacío. Sólo la fe nos alumbra para saber que detrás de todo, está él sosteniendo y cuidando nuestras vidas.

El camino con Dios es un riesgo que cambia la vida, es una aventura peligrosa que nos embarca en lo desconocido de Dios y de nosotros mismos, que deshace y reconstruye permanentemente nuestras seguridades. El riesgo de la confianza con Dios, es la capacidad de vivir en una locura atrevida por aquel que nos ha amado; la capacidad de fiarnos de Él en los momentos de especial soledad, oscuridad...

Sin riesgos no hay maduración ni recompensa. Y al tiempo, el verdadero riesgo se encuentra en una vida sin riesgos, porque no hay ningún juego en el que se pueda ganar si no se juega.

Para poder ir más lejos

Los héroes del riesgo: Hebreos 11,1-40.

Es mejor actuar y fracasar que no haber actuado jamás (W. Dyer).

El barco está seguro en el puerto, pero está hecho para navegar (William Shed).

No arriesgarse en esta vida significa poner en peligro la propia alma (Soren Kierkegaard).

En medio del camino de la vida, me desperté encontrándome solo en un oscuro bosque (Dante Alighieri).

La meta

*Hay que llegar a la cima, arribar a la luz,
darle un sentido a cada paso...
hay que subir por la calle ancha
y dejar atrás el horror y los fracasos.
Y cuando entremos cantando por la
cumbre,
Recién entonces... estirar las manos
hacia abajo,
para ayudar a los que quedaron rezagados* (Hamlet Lima).

llamada invita a Abraham a confiar contra todo sentido común e incluso en muchos momentos, contra las leyes de la naturaleza. (El nacimiento de su hijo Isaac es el mayor ejemplo). Esta llamada de Dios le invita a tomar un camino sin calcular el precio. Si tenemos en cuenta la situación de seguridad en la que vivía y sus setenta y cinco años, ponerse en camino (Génesis 12,4) hacia un mundo incierto, sin saber lo que le esperaba, no cabe ninguna duda que era una decisión de alto riesgo, para él y para todos los suyos.

Abraham, después de oír el llamado de Dios, dejó lo que tenía (que era mucho) y salió sin saber lo que se encontraría.

El riesgo está en estrecha relación con la confianza. Confiar en otra persona es asumir el riesgo de si la persona corresponderá a la confianza que se ha depositado en ella. Confiar es arriesgarse. Si se confía en un amigo, uno se expone a ser decepcionado y hasta traicionado.

Abraham demuestra su confianza en Dios, que lo considera digno de fiarse.

Al tiempo, la confianza le situó en una posición de vulnerabilidad, ya que dejó atrás toda su seguridad, para confiar en lo que no veía. Es esta vulnerabilidad que da valor al riesgo, a la confianza de Abraham, porque si la confianza no comporta ningún riesgo, deja de ser confianza. Es por el riesgo que la confianza se convierte en una realidad valiosa. Aceptar el riesgo es asumir que la inseguridad es parte de la vida del ser humano, del creyente; y

El aspirante a discípulo (7)

por Marco Antonio Manjón Martínez

El legado del Maestro, la moneda del discípulo

[CONTINÚA desde el N° 96.]

Pero, ¿cuántos integrantes de todo el mundo cristiano hoy están dispuestos a «poner en cuestión todas las cosas», sus aprendizajes tradicionales, sus concepciones ideológicas y denominacionales, sus principios incuestionables? Porque eso es lo que hace falta al ponerse delante de Jesús y sus enseñanzas. Así, desde el vacío absoluto, se puede estar dispuesto a entrar en la escucha activa desde cero y a dejar que el Espíritu de Jesús dirija, en ese escrutinio de la enseñanza básica del Evangelio sobre los principios de la vida y enseñanza de Jesús. Es decir, hay que disponerse delante de la figura de Jesús, en la postura humilde del que nada sabe, para aprenderlo todo de él. Esa es la postura de discípulo.

Hay que nacer de nuevo... El que no nace... (Juan 3).

Qué difícil es esa postura de morir a nosotros, a lo que la vida nos ha

hecho, a lo que hemos aprendido de tradición. Morir a la carga que traemos como raza humana y ponernos delante del Maestro y decirle:

Aquí estoy dispuesto, como dice Ortega, a «poner en cuestión todas las cosas» para poder ser discípulo del Maestro y escuchar, observar y aprender lo que significa «andar como él anduvo». Dispuesto a descubrir así cómo los principios de vida que Jesús vivió y enseñó pueden no sólo ya cambiar toda nuestra vida, sino cambiar el mundo que nos rodea.

Los frutos son incuestionables para evaluar la realidad del discípulo de Jesús y del pueblo de Dios, la Iglesia de Jesús. (Naturalmente, no pretendo medir la salvación, que considero un regalo, un milagro. Ese es un tema diferente, algo personal de cada hombre con Dios.) Si no hemos muerto a nosotros mismos para nacer a esa realidad del Espíritu que nos hace entender

a Jesús y su poder de transformación personal y del entorno, no podremos tener fruto aquí y ahora, en la realidad de este mundo. Y si no hay frutos aquí y ahora, es que no estamos viviendo la realidad del Reino ni la realidad de «ser discípulos» por mucho que vivamos una realidad espiritual y religiosa.

No todo el que me dice: «¡Señor, Señor!», entrará en el reino de

los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mateo 7,21 RV95).

El camino más perfecto para aprender a vivir la voluntad del Padre es el camino de «Ser discípulo de Jesús» —hace dos mil años y también hoy.

La Iglesia, que es una a pesar de las denominaciones, organizaciones eclesiales, etc., está formada solo y únicamente por los «discípulos de Jesús». Por aquellos que aprenden de él y tratan de vivir la voluntad de Dios —tan difuminada y confundida entre la maraña y amalgama de la infinidad de denominaciones, tendencias e interpretaciones.

Al menos, quiero comenzar a entender las cosas desde la postura de un niño que no entiende mucho de pensamientos complicados ni enrevesados. Quiero acercarme a la figura de Jesús en el papel de discípulo, para aprender de forma sencilla lo que su vida, a través de los Evangelios, me quiera revelar.

Es decir, que la Iglesia está únicamente formada por los discípulos de Jesús, que tratan de aprender y vivir esa radicalidad de las huellas de Jesús.

Debemos marcar una diferencia clara entre lo que son los grupos eclesiales, clasificados e identificados por sus denominaciones y la Iglesia de Jesús, esa que no es de este mundo, pero que está en este mundo, y de la que nadie tiene una lista real de sus componentes de forma física y tangible.

Sí es importante, sin embargo, que el discípulo esté integrado en una organización eclesial o similar, porque esto le ayudará en su proceso evolutivo de desarrollo como discípulo, ya que necesita poder compartir sus experiencias y compromiso con otros discípulos, ejercitar sus dones, recibir apoyo y dar apoyo a otros. Esto le permitirá crecer y también encontrar cauces para completar el desarrollo de las dos caras mencionadas.



Seguir el camino de Jesús.

Pero es fundamental que estas instituciones eclesiales no lleguen al punto de considerar que su agrupación tiene en exclusiva «la franquicia del Reino de Dios» frente a otros grupos o denominaciones. Ni que cuestionen que fuera de su institución existe verdad alguna. Eso denotaría una gran equivocación, que aconsejaría un cuestionamiento del compromiso en tal institución.

También es importante que el discípulo esté integrado en alguna asociación u organización, diferente de las eclesiales, con objetivos sociopolíticos, que disponga de un contexto participativo suficientemente abierto y con la libertad necesaria para que le permita desarrollar y defender las líneas sociopolíticas que se desprenden de las enseñanzas del Maestro.

Sin embargo, podemos movernos y estar comprometidos en una institución eclesial y estar muy lejos de formar parte de la Iglesia de Jesús o del Reino de Dios o como se quiera llamar. Pero no confundamos esto, apelando a que la Iglesia de Jesús no puede definirse ni delimitarse de forma física y tangible. No es justo argumentar que al no ser de este mundo es del cielo o de otra dimensión, sólo para después de la muerte; y que es allí donde se ha de vivir la plenitud de esa enseñanza basada en el amor al prójimo. No. Es para ser vivida en este mundo y para crear una realidad de vida espiritual y sociopolítica en este mundo nuestro. Para confirmarlo sólo hay que leer con detenimiento los Evangelios y analizar la vida de Jesús. Habla claramente de dar frutos y que por esos frutos su auténtica gente será conocida y diferenciada de los demás —posiblemente de entre muchos que se autodefinen como gente suya.

¿Qué entendemos con la palabra «discípulo»?

Discípulo significa «alumno, educando». Es alguien que está en una posición de ignorancia y desconocimiento respecto a algo o a alguien y está dispuesto —desde la humildad y el reconocimiento— a dejarse enseñar; a aprender.

Lo que es el amor

Peter Rideman

Puesto que venimos hablando tanto acerca del amor, hemos de demostrar cómo es para que se pueda entender mejor, no sea que alguien piense tener amor cuando es sólo una ilusión. El amor no se puede esconder porque su naturaleza es luminosa. Tiene que brillar y hacerse ver con obras activas, sirviendo a todos y haciendo el bien. Porque el amor hace bien a todos. Sirve de verdad; es bondadoso, amable, dulce, paciente, humilde, puro, moderado, modesto, simpático, fraternal, cálido, bueno, compasivo, misericordioso, sencillo, perdonador, leal y apacible. El amor no genera rechazo; no es altivo, engreído, aparatoso, envidioso ni borracho; no es obstinado, desobediente, engañoso, quisquilloso ni ladrón. No cuenta chismes; no es celoso ni peleón ni guarda rencor; no mira mal a nadie sino que lo aguanta y sufre todo; no se venga, no devuelve mal por mal; no se alegra de ningún mal sino tan sólo ante la verdad. Solamente el amor hace la obra de Dios (1 Co 13,4ss).

El amor es como un fuego que se apaga sin haber prendido si uno le echa más leña de la cuenta, como bien saben los que trabajan con él. Pero una vez que prende de verdad, cuanta más leña mejor arde —hasta consumir casas o bosques enteros. Pero cuando se acaba la madera se acaba el fuego y se enfría. Así es el amor. Cuando la persona siente la primera chispa, los pequeños problemas y tentaciones lo ahogan y estorban fácilmente; pero una vez que prende de verdad echando llama en al anhelo de Dios, entonces cuantas más tentaciones y padecimientos sufre, tanto más arde, hasta vencer todos los obstáculos y consu-

mir toda injusticia y maldad. Pero cuando el amor no se pone en práctica, cuando la persona se vuelve perezosa y dejada, las llamas se van apagando; el corazón se enfría, la fe titubea, y al final todas las buenas obras cesan. Entonces la persona se queda como un árbol marchito que no sirve para nada, como dijo Jesús mismo (Mt 7,19). El amor fluye de la fe; porque donde no hay fe no puede haber amor. Los dos son tan inseparables que lo uno no puede agradar a Dios sin lo otro.

[PETER RIDEMAN fue un importante líder del movimiento anabaptista en Moravia (República Checa), en el siglo XVI. Estos párrafos vienen de su *Die erste Reichenschaft*, escrito en 1529-32, citado en C.J. Dyck, *Spiritual Life in Anabaptism* (Scottsdale and Waterloo: Herald, 1995), p. 103.]



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

corazón — Órgano que bombea la sangre para que circule por todo el cuerpo. Desde una muy remota antigüedad, la gente viene observando que el corazón late de diferente manera si uno está tranquilo y en reposo, corriendo o haciendo algún otro esfuerzo, ansioso y nervioso, etc. Nuestros antepasados en los albores de la existencia humana, también notaron que cuando los animales (y la gente) mueren, el corazón deja de latir. Desde luego, era evidente que el corazón, protegido además entre las costillas como señalando su especial importancia, es esencial para la propia vida. De ahí que al corazón se le han atribuido desde siempre ciertas facultades abstractas. Expresiones como «hacer algo de todo corazón», tienen poco que ver con la función real de este órgano, pero no por ello dejan de ser habituales en el habla humana.

Tal vez porque se nos acelera el pulso cuando vivimos emociones fuertes, hoy en día solemos asociar el corazón con los sentimientos. «Hacer algo de todo corazón» sería entonces —para los occidentales modernos— hacerlo con ímpetu, decididamente. Y desde luego amar o despreciar u odiar de todo corazón sería experimentar estas emociones con la máxima intensidad humanamente posible.

Antes de que la medicina moderna alcanzara a revelar cuál es exactamente la función de cada uno de los órganos del cuerpo, la asociación entre las diversas vísceras y estas otras realidades más abstractas de la vida humana, se entendía de otra manera. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, el honor y la honra de la persona residía en el hígado. Para decir «hígado» y «honor», los hebreos empleaban la misma palabra. De ahí que se entendía que hasta Dios —especialmente Dios— tiene «hígado», en el sentido de que es un ser honorable. En el Nuevo Testamento, donde los apóstoles quieren indicar sentimientos fuertes, hablan de conmoción «de tripas».

Cuando los egipcios embalsamaban, se aseguraban de conservar bien el corazón; pero el cerebro, como no

se le conocía ninguna utilidad para la vida, se licuaba y extirpaba por la nariz y se tiraba. A nosotros, que entendemos que es precisamente en el interior del cráneo donde están todas nuestras facultades personales que nos dan nuestra identidad, esas prioridades de embalsamado nos parecen bastante curiosas. Aunque nos hagan un trasplante de corazón o cualquier otro órgano, nosotros entendemos que mientras conservemos nuestra propia cabeza —o cerebro— nuestra identidad sigue intacta. Nuestros pensamientos, nuestras actitudes y opiniones, nuestra memoria... todo ello está en el cerebro.

En el mundo bíblico, todo lo que nosotros decimos acerca de la cabeza como sede del raciocinio, la inteligencia, la personalidad, la identidad, la intención y motivación y voluntad humana... todo eso se pensaba que residía en el corazón. Ellos, entonces, hubieran entendido que «hacer algo de todo corazón» era hacerlo con absoluta integridad, sin disimulo ni hipocresía. Encomendar la sabiduría de Dios o sus leyes al «corazón», significaba aprendérselo de memoria. Desde luego, en el mundo bíblico era posible amar «de todo corazón». Pero con esa expresión no se estaría indicando un sentimiento exagerado y desbordado, sino el empeño total de la fuerza de voluntad y la firmeza de decisión. «Ama de todo corazón» quien no permite que los sentimientos, precisamente, le desvíen de su fidelidad incondicional a la persona amada.

Amar a Dios de todo corazón, entonces, era antes que nada serle fiel, pase lo que pase. Ser coherente con la decisión de ser su adorador y siervo. «Amar a Dios de todo corazón» no podía en absoluto ser —por lo menos no en primera instancia— un calor o sentimentalismo religioso. Se podía «amar a Dios de todo corazón» sin los sofocos y ardores del enamorado. Lo único que hacía falta era la firmeza de propósito e intención, la voluntad inquebrantable, para nunca apartarse de lo que Dios manda. Amar a Dios de todo corazón era, por último, amarle

con inteligencia, con sabiduría, con todo el poder mental de nuestro intelecto.

Por eso pudo Dios mandar a su pueblo amarle con toda la mente y todas las fuerzas y todo el aliento... y todo el **corazón**. Es perfectamente lógico que Dios nos mande firmeza de resolución para adorarle sólo a él, y confianza y fe para esperar en él aunque nuestras circunstancias presentes sean adversas. Era, además, la cosa más inteligente que nos podía pedir.

¿Y qué significa «guardar en el corazón los mandamientos del Señor»? Aprenderlos de memoria y recordarlos en todo momento. Y desarrollar la lógica e inteligencia y habilidad mental para deducir de ellos cuál es la conducta correcta para cada ocasión.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org